

Una cosa te lleva a la otra

One thing leads to another

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i28.1434>

María Rebeca Íñiguez Segura*

El proceso

Mi trayectoria profesional ha estado vinculada con la educación y con la antropología social. Mi formación es en el campo educativo, pero mi acercamiento a las comunidades indígenas y a algunas antropólogas y antropólogos se ha dado de forma natural. Ellos me han acompañado y orientado.

Mi primer acercamiento fue en Mérida, Yucatán, donde colaboré con el Instituto para el Desarrollo de la Cultura Maya de Yucatán, en un proyecto innovador de medicina tradicional con población maya, que incluyó un diagnóstico previo y un amplio trabajo de campo en tres comunidades de la región. Aprendí sobre esta cultura, sus tradiciones y la importancia del diálogo y la escucha, del concepto de tiempo y vida, de conocimientos propios construidos por ellos y para ellos. La relación con las comunidades indígenas me resultó sencilla y fluida, y me hizo poner atención en este ámbito. Sin embargo, en ese momento el Centro de Estudios Mayas de la UNAM y el CIESAS Peninsular impartieron un diplomado sobre civilización y cultura Maya con académicos expertos en el tema, en el cual participé, y esto fue determinante para realizar mi trabajo con conocimientos mejor fundamentados.

Al terminar este proyecto, regresé a trabajar en educación, en la fundación de una escuela con estructura comunitaria y pedagogía de inspiración socioconstructivista. Años después, en CDMX me invitaron a trabajar con niños y niñas indígenas en comunidades rurales o semiurbanas, para realizar un diagnóstico de actividades extraescolares que fueran pertinentes para su desarrollo. Aquí se unieron mis dos intereses: la educación y lo indígena. Estudié y entendí que se ha observado un potencial de aprendizaje en las infancias indígenas que emerge desde sus raíces culturales, que las costumbres y tradiciones de sus familias favorecen conocimientos, habilidades y actitudes diferentes a las de las familias no indígenas.

En el trabajo de campo, observé a niños indígenas que tenían entre 6 y 12 años y vivían en la Sierra Norte de Puebla, Hidalgo, Veracruz, Oaxaca y Estado de México. En un ambiente no escolarizado, trabajaron por proyectos enfocados al desarrollo de habilidades del pensamiento.

* Doctorante en Educación, Universidad de Guadalajara. México. maria.iniguez3760@alumnos.udg.mx

Los niños y niñas se involucraron a fondo, y las habilidades que mostraban para ir resolviendo los problemas que el proyecto les presentaba tenían que ver con su origen familiar y comunitario. Sobresalían, el aprecio por la naturaleza, el espíritu de colaboración (pensaban los proyectos para la comunidad: un mariposario, sembrar árboles en la cancha de fútbol, rescatar animales perdidos, etc.) y autonomía, al ir tomando las decisiones que correspondían.

En Guadalajara conocí al Dr. Guillermo de la Peña y trabajé con él como asistente de investigación en un proyecto sobre indígenas migrantes. Esto me hizo poner atención en los niños y niñas indígenas que llegan a vivir a las ciudades: cómo son sus trayectorias, sus costumbres, qué aprenden y qué desaprenden, y a tratar de conocer cómo se construye una nueva vida en la ciudad, sin olvidar las costumbres del pueblo. Tuve mucha influencia del Dr. de la Peña y, una vez terminado el proyecto, seguí leyendo acerca del tema; me di cuenta de que lo que yo pensaba, de alguna manera estaba ya en manos de algunos investigadores. Al terminar el proyecto, me integré a otro trabajo en una escuela, pero seguía mi inquietud por saber cómo les iba a las infancias indígenas en las escuelas de la ciudad.

Durante la presentación del libro *El desarrollo psicocultural de niños mexicanos*, hice contacto con su coordinadora, la doctora Rebeca Mejía Aráuz, quien me invitó a participar en un proyecto de investigación multidisciplinar sobre la complejidad de la organización de la vida familiar en la ciudad para niños entre 6 y 12 años. En este proyecto coordiné el grupo de familias indígenas urbanas. Esta investigación me llevó al trabajo de campo con familias purhépechas que viven en la Zona Metropolitana de Guadalajara. Durante las visitas y entrevistas observé que estas familias, al migrar a la ciudad, cambian algunas tradiciones porque aquí ya no tienen sentido, pero conservan otras, principalmente en el aspecto social: fiestas, padrinzgos, mayordomías, redes de apoyo en situaciones difíciles, decisiones que afectan a la colonia que se resuelven comunitariamente, etcétera.

En estas tradiciones están involucrados niños y niñas, y en ellas aprecian la importancia de la colaboración (muchas veces sacrificando lo propio), la autonomía (porque todos tienen sus responsabilidades y hay que cumplir) y la reciprocidad (agradecimiento con hechos a quienes hacen algo por ellos). En todas las familias reportaron la participación de niños y niñas en los quehaceres del hogar, la preparación de alimentos, el lavado de su ropa y el cuidado de los hermanos y hermanas pequeñas como una responsabilidad compartida.

Con este grupo me di cuenta de que las infancias indígenas no la pasaban bien en la escuela y que muchas veces únicamente quieren terminar la primaria y dedicarse a trabajar. Pensé que en la escuela urbana la organización es diferente, más individualista y hace evidentes algunos problemas que pueden estar afectando la inclusión de niños y niñas indígenas a su grupo escolar. Su cultura, su estilo de vida y sus conocimientos son ignorados; me pregunté si su misma cultura podría significar una estrategia de inclusión educativa que los maestros no están contemplando, y mucho menos sus compañeros.

Con la fortuna de haber contado con tan buenos maestros, además de mis vivencias y reflexiones, decidí presentar mi solicitud al Doctorado de Educación en la Universidad de Guadalajara.

Mi experiencia laboral, la lectura de algunos investigadores y las pláticas con especialistas, me llevaron a pensar en la dificultad que tienen las infancias indígenas al ingresar a escuelas urbanas. Me parece significativo comprender la perspectiva y formación de las y los docentes al recibir a niños y niñas indígenas ya que, si se considera que cada día es mayor la movilidad de estas familias a las ciudades, sería conveniente contar con maestros y maestras mejor capacitados para que al recibirlos estén dispuestos a conocer, entender y respetar su cultura y apoyarlos, para que al menos terminen su educación básica.

El primer semestre del doctorado me centré en defender que la riqueza de la cultura indígena no es apreciada y hay que sacarla a la luz, conocerla, respetarla y compartirla. Entonces empezaron las lecturas de sociología y antropología, los cuestionamientos de mi tutora, lectores y compañeros.

Siempre he considerado seguir la línea del constructivismo social, al que conozco a fondo desde la educación y la psicología, pero no lo había estudiado desde la sociología o la antropología.

Primero pensé que desde hace más de 30 años se habla de la importancia de la inclusión educativa, y desde hace más de 50 años se ofrecen planes y programas diferentes para la educación indígena en México. Sin embargo, no se ha puesto atención a los cambios culturales y de valores que requieren los educadores para ser incluyentes. Necesitamos transformarnos todos. Me di cuenta de que en las ciudades no hay oferta educativa intercultural bilingüe (salvo en Monterrey y Tijuana). Y al reflexionar sobre lo intercultural y lo socioconstructivista, me interesé en la relación que se da entre docentes urbanos e infancias indígenas, y ahí encontré mi punto de mayor interés.

Esto me llevó a considerar necesario realizar una investigación más precisa, desde un ángulo diferente que me permitiera conocer y comprender qué es lo que está sucediendo en la relación entre el profesorado urbano y niñas y niños indígenas. Así inicié el estudio de los temas de cultura, tradiciones, identidad, significados, vida cotidiana, etcétera, como algo dinámico que sucede día a día entre las personas, en este caso, el o la maestra y las infancias indígenas o no indígenas. La cultura se socioconstruye y ahí está la interculturalidad.

La reflexión

Los avances en un año de doctorado han sido muchos: en el terreno epistemológico, cognitivo o metacognitivo, el del conocimiento en sí mismo y el metodológico.

En el aspecto epistemológico, veo claramente la dificultad con la que inicié y lo que he avanzado en el acercamiento al conocimiento. Veo mi comprensión más amplia, el pensamien-

to conceptual, crítico, la asociación de conceptos con procesos. Encuentro un sentido diferente a cada lectura. El proceso ha sido difícil; sin embargo, sabía que era uno de los retos que quería enfrentar.

Otro espacio muy importante, y que va ligado al anterior, es haber abierto la perspectiva que yo tenía de la educación y cómo ha modificado mi proyecto doctoral y seguramente mi vida. La revisión de muchos aspectos de la sociedad, su construcción, las interpretaciones y, puedo decir, la casi manera infantil de sorprenderme ante tantas mentes maravillosas que se han dedicado a pensar, comprender y comunicar lo que es este mundo. Parece simple, pero para quienes nos hemos dedicado a un pequeño espacio, abrir la atención y la mente a todo esto es sorprendente, delicioso y agotador.

El tercer punto es la metodología, otra razón por la que quise estudiar el doctorado. Organizar, interpretar, comprender y comunicar de manera pertinente lo que se investiga, me parece un principio ético y de respeto a quienes participen en el proceso de investigación o la lectura de la tesis.

Haciendo un balance general, puedo asegurar que ha sido un cambio importante para mí, no fácil pero sí muy estimulante, y que me está llevando a realizar una investigación que deseo pueda beneficiar a las infancias indígenas urbanas en su integración a la vida escolar, que es otra de mis razones para seguir estudiando.